

Ponencia de Franz Hinkelammert:

"Análisis de coyuntura"

Intentaré dar algunas pistas sobre la interpretación de la realidad de Centroamérica y Latinoamérica, viéndola un poco a la luz de los grandes cambios que han ocurrido en los últimos veinte años. Quizás es todavía el presente, porque nos ha impregnado muchísimo. Lo que podemos esperar en la próxima década o en los años que vienen es, en buena parte, lo que nunca ha pasado en estos años anteriores.

Es verdaderamente un mundo latinoamericano diferente el que se produjo a partir de los años setenta, y ese conflicto lo llevamos todavía con nosotros. Ese cambio formidable que ha significado la transformación que operada en América Latina, que se puede llamar neoliberalismo aunque en realidad la palabra no va muy bien. Porque el neoliberalismo insinúa que fue una transformación económica, pero la transformación es mucho más: es de la economía, de la sociedad, del estado, de la cultura. Es una transformación realmente global. Son veinte años de destrucción, no solamente del presente sino también del futuro. Futuro material, pero también futuro en la cabeza. Y para el futuro, la cabeza es parte muy importante del futuro real, porque sin pensar el futuro no se lo puede hacer. Entonces el futuro que sobreviene con seguridad es un futuro más bien negativo, más bien amenazador.

Es interesante ver este corte de los años setenta, que pasa por toda América Latina en los años ochenta y que ha producido este mundo en el que vivimos ahora, si uno quiere entender la situación vivida en los cincuenta y sesenta. Tengo sesenta años, yo lo viví. Todavía hay algunos otros que también lo vivieron, pero creo que la mayoría no. Para la mayoría el período de los 50 y los 60 está fuera de lo vivido, casi como el siglo XIX o XVIII. Las distancias en el tiempo hacen que parezca no afectar tanto. Cuando leo discursos de ese tiempo, libros de ese tiempo, hasta lo que yo escribí en ese tiempo -yo estaba viviendo los sesenta y comienzo de los setenta en Chile-, parece extraño el estilo en el cual se vivía, el estilo en el cual se hablaba.

Es un mundo diferente, uno nota que el mundo ha sido realmente cortado, y a los que han vivido el mundo de los sesenta les choca; por lo menos, ello se hace presente cuando uno va a pensar o hacer memoria. Claro, es un peligro el mistificar el pasado, siempre hay una tendencia a ello, pero de todas maneras, hay diferencias notables que vale la pena mencionar: los años cincuenta y sesenta, son años de desarrollo. También hoy se habla del desarrollo, pero con una frecuencia distinta. Hoy los discursos oficiales apenas contienen la palabra desarrollo. La palabra "desarrollo" como palabra clave, fue sustituida por las palabras "mercado", "eficiencia", y otras.

Hay como una nueva polarización: en los años sesenta se pensaba en términos del desarrollo, pero entendiéndolo más bien como un desarrollo de sociedades, que no es lo mismo que hablar de crecimiento. Esto último es como tener una corta visión. Desarrollo significa una sociedad integrada, una sociedad en la cual todos tienen cabida. Eso hace que todavía estos años, los cincuenta y sesenta, tengan una cultura

que podría denominarse como cultura de esperanza. Hay una convicción general, que no se limita a la izquierda, de que América Latina ha perdido chances, ha perdido posibilidades en el pasado y que tiene que ocurrir un cambio para recuperarlas. Decir que hay que cambiar parece desembocar en movimientos socialistas o prosocialistas. Pero no necesariamente. Hay otros movimientos de muy fuerte reformismo dentro de la sociedad capitalista, como los demócratas cristianos o los socialdemócratas, que en ese tiempo tenían realmente una visión sumamente amplia de la sociedad del futuro. Hay movimientos que a veces eran oponentes en sus conflictos políticos diarios, pero que compartían algún consenso en el sentido de que había un futuro de América Latina que tenía que hacerse, que era posible. Y este futuro indicaba lo que en ese tiempo se llamaba cambio de las estructuras.

Había que cambiar las estructuras. Si ellas cambiaban, todo sería modificado. En la línea de los demócratas cristianos o socialdemócratas son cambios de la sociedad burguesa capitalista existente, apoyándose mucho en experiencias de Europa Occidental (Holanda, Bélgica, Alemania, Grecia), ya que la imaginación siempre busca alguna referencia concreta a partir de la cual imaginarse la propia sociedad.

Cuando posteriormente se habló de intervención en el mercado, fue visto como negativo, casi un desastre, pero en ese tiempo era éste el espíritu de reforma para asegurar un futuro, vinculado muy fuertemente con la idea de la industrialización. Las políticas económicas de los países latinoamericanos seguían mucho a la CEPAL, la organización regional de las Naciones Unidas, que en ese tiempo tenía una voz muy importante en la definición de la política latinoamericana. Lo que ella desarrolla son estrategias en términos de avance de la industria. Yo creo que la problemática del agro era más bien vista como secundaria; no se soluciona en mucho el problema del agro. Se hablaba en términos de la sustitución de las importaciones latinoamericanas. En el pasado había más bien exportaciones agrícolas y de materias primas e importaciones de todos los bienes industriales. Había que sustituir la importación de bienes industriales finales por una propia producción industrial, y con eso aliviar la situación de la balanza de pagos. Por otro lado, aliviar también la situación social en el interior de los países, dando empleo a la gente para mejorar la situación de los ingresos, frente a una sociedad de bienestar que deslumbraba como resultado del capitalismo. Sobre todo en Europa Occidental, había una mística, yo creo que en buena parte equivocada, pero que a su manera existía. Parecía como una especie de paraíso de política económica y social, un gran imán sobre todo para los movimientos reformistas, los socialdemócratas y los demócratas cristianos sobre todo.

Podemos decir que era una política de industrialización y una determinada política social: es el tiempo de las leyes laborales que reconocen la actividad sindical como legal, es el tiempo de las leyes sociales, hay servicios nacionales de salud. Es, ese tiempo, un período de gran empuje para la educación pública, de fundación de universidades. Había una cultura que esperaba una suerte diferente para América Latina, como una cultura de esperanza.

Todo eso entra en una determinada crisis; hay crisis también en el propio modelo, pero crisis natural, ya que es evidente que si uno hace un modelo hace también el futuro de ese modelo y habrá crisis porque nunca se preverá todo lo que se debiera.

Bajo pretexto de esta crisis, viene en los años setenta un golpe que tiene, quizás, dos grandes símbolos políticos: uno es la Primera Corte Militar Brasileña en 1964, pero la transformación del golpe militar en un Estado de Seguridad Nacional fue en 1968. En ese momento empiezan las persecuciones, las desapariciones, el terrorismo del

Estado en Brasil, pero todavía se ve localizado como fenómeno puntual. Como fenómeno es mucho más significativo el chileno, del 11 de setiembre de 1973. También porque, en general, en América Latina toda la opinión pública y la opinión de los movimientos populares y de muchos partidos políticos se había fijado en el proceso chileno.

El proceso chileno aglutinó en este tiempo la atención latinoamericana. Lo del golpe chileno fue como un "big bang", el gran golpe. Ahí aparece el mundo de nosotros, ése creado por el golpe chileno y después por la serie de transformaciones de América Latina en regímenes de Seguridad Nacional. Todos los casos implican ruptura de la democracia. Muchas veces el terrorismo del estado aparece junto con democracia formal, como lo vivimos a fines de los años setenta y en los ochenta en Honduras. A la Seguridad Nacional hay que verla no sólo en términos de dictadura militar sino también en democracias de Seguridad Nacional, que no tienen ningún otro aspecto que las diferencien de una dictadura militar de Seguridad Nacional.

Se transforma en América Latina el propio estilo democrático. Hay una fuerte redefinición de todo lo económico, que es parte de una redefinición de toda la sociedad, del estado, de las relaciones laborales y de la misma cultura en América Latina.

Claro, el programa económico que viene lo hace en nombre del neoliberalismo, entonces se ve ya casi un enemigo en el concepto de desarrollo. Desarrollo es algo que se transforma en meta política, es algo que va a introducirse en el mercado para transformarlo (por eso los ministerios de Planificación de América Latina se crean en el período de la sustitución de las importaciones y de la política cepaliana. Hoy, cuando los ministerios de Planificación tienen alguna importancia ya no es por la planificación sino por la canalización de financiamiento externo). Este período vino con un pensamiento de complementariedad mercado-estado; un mercado sin estado no puede funcionar porque el mercado abandonado a sí mismo, a su propia lógica, destruye. Es algo que hoy vuelve fuertemente, pero que por veinte años fue tapado por una magia del mercado muy exclusiva: el Estado como el gran enemigo, el mercado como la panacea, algo como el Reino de Dios. Reagan hablaba de la ciudad que brilla en las montañas, y ésa es la Nueva Jerusalén, textualmente del Apocalipsis, y es así que se lo siente durante los años ochenta y que en buena parte se mantiene. De esta política del mercado se deriva la política sobre la sociedad, que identifica más o menos mercado con privatización. Para la ideología fuertemente anti-estatista, el Estado es el gran culpable y, por lo tanto, también lo es quien lo incita a intervenir en el mercado. Ahí aparece como culpable el movimiento popular, que se da a través de resistencia. Sus exigencias recurren de alguna manera al Estado, sea para su reconocimiento legal, el respeto legal para su actuación, o por medidas que se le exigen al Estado en el campo de la educación, de la salud, de la vivienda, del sistema de seguridad social en general.

Las dictaduras o democracias de Seguridad Nacional tienen, entonces, su política de fomento del mercado y la política de destrucción de todos los elementos que podrían ofrecer resistencia a esta totalización del mercado. Y en los años ochenta se estaba hablando de un mercado total: el mercado efectivamente se presenta como total y esta totalización del mercado se llama posteriormente globalización de los mercados. Vienen con ella la política de destrucción popular y el desmantelamiento del Estado.

En tiempos de una política de desarrollo del Estado planificador, es el Estado el que promueve inversiones. Grandes empresas claves de los años cincuenta y sesenta son

estatales o de promoción estatal directa. En toda América Latina aparecen las empresas públicas en la producción, electricidad, cemento, hierro, carbón. Ahí hay líneas muy fundamentales que promueve el Estado, porque él es el que más fácilmente puede juntar los capitales tan grandes necesarios para promover las empresas.

En los setenta y los ochenta viene la reacción en contra, la del desmantelamiento de los movimientos populares y del Estado, y se habla del Estado mínimo. Eso es, en los años ochenta, muy crónico porque para la gente parece un Estado máximo: es un Estado policial, de terrorismo del Estado, sumamente agresivo.

Y aparece el objetivo de la desaparición del Estado, minimización del Estado. Para minimizar el Estado, se lo transforma en uno sumamente represivo, sumamente policiaco, con un florecimiento -único florecimiento que tiene- de las fuerzas armadas. Se trata de limitar al Estado en su cumplimiento de funciones sociales, económicas, de planificación, de desarrollo y aparece un Estado más bien armario. La tortura se hace general en América Latina. El cemento de la sociedad latinoamericana de los años setenta, ochenta, es la tortura, es la cámara de tortura, es un Estado que rompe las tradiciones de respeto a los derechos humanos, etc., aunque siempre se presenta como Estado Democrático o Estado necesario para posteriormente pasar a la democracia.

Es en este tiempo que aparece, con la globalización de los mercados, una cultura muy propia nacida de los años setenta y ochenta, un tipo de cultura que en Europa llaman muchas veces postmoderna. En América Latina no aparece o aparece muy poco con este título, aunque tiene rasgos comunes. Es como una cultura de la desesperanza, hay que vivir lo que se puede y con el otro yo no tengo que ver. Solidaridad, colaboración con el otro, son enajenaciones humanas; yo me realizo, realizándome a mí. Eso se junta con el pensamiento de que no hay alternativa a lo que ocurre. Un pensamiento, ya a simple vista inhumano, de negación de la libertad humana en sus raíces, ya que en la libertad humana siempre hay alternativas frente a situaciones apremiantes. Aquí es una sola alternativa. Una sola alternativa es, de hecho, ninguna alternativa. Cuando no hay varias, entonces no hay alternativa para lo que ocurre.

Se plantea, entonces, que si queremos evitar el infierno en la tierra tenemos que derrumbar todo lo que huele a solidaridad. Y eso, en el esquema neoliberal, es el movimiento popular y un Estado que cumpla con funciones de desarrollo económico y social. Es una cultura de la desesperanza. Yo no digo que es realmente la cultura latinoamericana, sino la cultura que se impone, la cultura que ahora difunden los medios de comunicación. Los medios de comunicación están constantemente machacando eso, no hay otra cosa que ésta. Eso no significa que sea efectivamente ésta la cultura, digamos, de todos, pero, eso sí, es una cultura oficial, una cultura que muchas veces se llama nuestra opinión pública. La opinión pública es muchas veces muy diferente de la opinión publicada.

América Latina es un continente realmente heterogéneo, es mucha la diversidad de país a país, sin embargo se pueden como trazar ciertos elementos comunes que se hacen visibles y yo intenté demostrar algunos. Como esta política neoliberal económica de mercado en el centro de la transformación. El Estado más bien represivo que deja las funciones sociales, en contra de la organización popular, la marginación de las organizaciones populares, la relativización de todos los derechos humanos referentes a organizaciones populares, a la capacidad de defensa, capacidad de resistencia, etc.

Esos son elementos que de alguna manera en todos los países se repiten, que aparecen también en África, aparecen en Asia y en los países ex socialistas. Es decir que América Latina tampoco es la única referencia para poder entender lo que es este movimiento; aparece como una política mundial y detrás de la política mundial de este tipo hay poder. Poder enorme en términos de la globalización de los mercados, con sus sujetos que son las grandes multinacionales que ahora operan a nivel mundial. Y en tanto las empresas de producción y los bancos operan a nivel mundial, exigen que a nivel mundial haya una política económica porque si no no pueden calcular mundialmente sus costos, sus intercambios, sus divisiones internas de trabajo. Para eso necesitan una política económica fiable, estable y más o menos homogénea por todo el mundo y entonces empujan con todo el poder que tienen lo que ellos llaman la globalización o la edad de la globalización y de la homogeneización.

Y verán símbolos de la globalización y la homogeneización: es el "Big Mac". En Moscú se abrió el primer centro de "Big Mac": vino el Presidente de McDonalds de Estados Unidos e hizo una pequeña intervención que salió inclusive en "La Nación" de San José, Costa Rica, y decía *estamos orgullosos de que el "Big Mac" esté hoy en todo el mundo, completamente igual, sin ninguna diferencia, y de poder ofrecer la misma calidad, la misma cantidad y la misma cosa en el mundo entero sin ninguna variación.* "Big Mac" iguales en Moscú, en Hong Kong, en Nueva York, en Río de Janeiro, en Londres: inclusive las máquinas son iguales, porque todas las máquinas las vende una fábrica en Estados Unidos. Claro, McDonalds, es evidente, tiene que homogeneizar el mundo, su comida homogeiniza el mundo, pero también necesita una política económica homogeneizante para poder instalarse totalmente. Y después viene el "Big Mac" a montones; hasta la Iglesia Católica hace un catecismo que, como un "Big Mac" es en todas las partes del mundo exactamente el mismo y sin ninguna diferencia y además construido por la misma maquinaria. El "Big Mac" se hace mundial. En esta homogeneización global es que aparecen estas políticas, y aparecen con tanta constancia, con tanto parecido y con el hecho de que las diferencias son, en lo posible, anuladas.

Recuerdo reuniones internacionales entre continentes, Consejo Mundial de Iglesias, de Asia, de África, de América Latina, de Europa, etc., y estoy, desde hace treinta años participando con cierta regularidad en este tipo de reuniones. Hace 30 años, en cada reunión, se hubiesen necesitado días para darse cuenta de qué pasaba en el país del otro, para entender qué pasaba en Zambia, o en Tailandia o en Uruguay o en México. Parecía que todo el mundo estaba en problemas diferentes. Hoy demoramos una hora, porque el Fondo Monetario "Big Mac" está en todas partes y los problemas son de "Big Mac". Tú discutes en una parte diferente y te pones muy rápidamente de acuerdo acerca de qué y cómo son las situaciones en los otros países. Tú no tienes ya esta necesidad de interiorizar mucho para poder conversar con el otro. Se nota mucho que este proceso se ha llevado a cabo. Creo que es una de las grandes tendencias que hay que tomar en cuenta si hoy queremos entender el presente.

Quiero abordar un punto más, por eso hablé de la opinión publicada en contraposición a la opinión pública. Creo que todos estos aparatos ideológicos se han podido imponer, pero no creo que realmente hayan transformado la opinión de todos. Eso es muy difícil, porque la gente sufre las consecuencias; si tú sufres las consecuencias, entras en duda en cuanto a lo que te están haciendo.

Pero la reacción es ciertamente diferente: no es una vuelta a los años sesenta y yo creo que además no se trata de eso, pero sí es como una recuperación de la esperanza. Entra en crisis esta aparente homogeneidad del mundo Occidental

dominando al mundo completo. Los choques que aparecen son muy grandes. A veces no positivos, pueden ser tan negativos como los movimientos nacionalistas extremos, muy destructores, pueden ser completamente disfuncionales a este proceso. Es decir que hay movimientos completamente disfuncionales y que nadie sabe a dónde van a ir. Por otro lado, aparece un movimiento popular, yo creo que realmente cambiado. Un movimiento popular hoy sumamente diversificado con una visión de sociedad que no es una simple repetición de la visión del socialismo de los años cincuenta o sesenta, que también era un socialismo del "Big Mac". No lo había solamente de parte de McDonald, también había un socialismo del tipo "Bic Mac" en la manera de pensar como la sociedad tiene que ser. Hoy viene en otros términos como en Chiapas; y, como el levantamiento de Chiapas, surge muy fuertemente, y yo creo que va a dejar una huella en América Latina.

Queremos una sociedad en la cual todos quepan. Esta sociedad va a tener Estado, va a tener mercado, pero la referencia es que todos quepan. Y no solamente los seres humanos, también la naturaleza. Aparece un pensamiento de alternativa, que no ofrece una sola alternativa sino que se piense a partir de eso en cada lugar. Debe ser sociedad de una manera tal que todos quepan materialmente, es decir con sus necesidades corporales, pero también que quepan como mujer, como indígena, como negro, etc., que quepan en su desarrollo.

Pero en cuanto se dice que todos quepan, en esta capacidad de vivir que se recupera, pensándolo en términos de solidaridad humana, ahí está operando un cambio para mí muy esperanzador y que va a impregnar con sus conflictos, digamos, la próxima década por lo menos y quizás mucho más.

Quizás es la sociedad del futuro. Para el futuro que podemos prevenir o prever, la idea de sociedad es ésta, la sociedad en que todos quepan. Ya no pensar la sociedad a partir del crecimiento económico ni a partir de la definición de la propiedad, sea en uno o en otro sentido, sino una sociedad que tenga libertad para organizar propiedades, la propiedad, el sistema de propiedad, el Estado.

Yo creo que ahí se vislumbra algo nuevo que necesitamos también cuando hablamos de lo que es lo dominante de la opinión publicada, que sigue siendo fuertemente una cultura de desesperanza, pero que no se ha transformado en la opinión pública. Precisamente creo que es la recuperación como aparece hoy muy fuertemente a partir de los indígenas con su reivindicación a la vez material y cultural -lo material y lo cultural forman unidad- y en los otros grupos, como los movimientos de la mujer y los movimientos de los negros o afroamericanos. Es difícil una denominación, tiene que desarrollarse todavía. Hay movimientos e identidades regionales que también aparecen con mucha fuerza. Se trata de movimientos de identidad regional, no solamente de un grupo social, y la problemática de las unidades regionales se pone muy fuertemente. Así podemos ver por un lado la necesidad de cuestionamiento de globalización y homogeneización y por otro lado la posibilidad de alternativas.

Esta ponencia del Dr. Franz Hinkelammert fue presentada por él, oralmente en la reunión del Equipo Coordinador de la Confederación Latinoamericana de ACJs (CLACJ) para América Central (San José, Costa Rica, 5/3/94). La CLACJ procedió a transcribir la conferencia grabada y editar esta publicación. La versión grabada es la oficial.



**Confederación Latinoamericana de
Asociaciones Cristianas de Jóvenes**

**Confederação Latino-Americana das
Associações Cristãs de Moços**

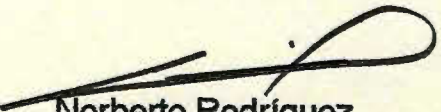
Mayo 12, 1994.-

Dr. Franz Hinkelammert
DEI
PRESENTE

Estimado Franz:

Hemos tratado de hacer una edición de tu exposición del 5 de marzo pasado, en el hotel Ambassador. Te hacemos llegar una copia y confiamos haber sido fieles al desgrabar tu presentación.

Recibe un muy cordial saludo.


Norberto Rodríguez
Secretario General

c.c. Xinia Brenes